

# El Entreacto.

PERIODICO DE TEATROS,

## LITERATURA, ARTES Y MODAS.

### CLARA.

(Conclusion.)

Pero este momento en que brillaban sus candidas esperanzas, era aquel en que la tia debia principiar á realizar las suyas. El amor de Clara por José lo creia de poca importancia: habia visto muy bien que estos dos jóvenes se querian; mas como las almas en donde habitan solamente los deseos bajos y egoistas, no podia calcular la fuerza de un sentimiento exaltado y noble. El medio que Ana escoge para conseguir su objeto no es mas noble que el fin; mas precisamente porque era bajo y vulgar debia ser de efecto. Los recuerdos de su antiguo estado habian hecho preferir constantemente á Ana la sociedad de los criados de Granada á la de los habitantes de su pueblo; así es que fué fácil encontrar acomodo para su hija adoptiva en casa de la señora M.... por medio de una amiga que servia en casa de la señora S.. Preparadas las cosas segun su deseo, un dia se dirigió á su pobre hija para disponerla al gran paso que iba á dar.

—Clara, le dice su tia una mañana con cierto aire de satisfaccion: he conseguido por fin para ti un buen partido: serás recibida como doncella en casa de la señora de.....—Yo! gritó Clara pálida y temblorosa, para eso es preciso dejar el pueblo.

—Bien! ¡qué gran mal! ¿Tú crees que nacistes para estar siempre en él?

—Yo he nacido aquí, aquí he sido criada, y no podria acostumbrarme á la idea de dejar el pueblo.

—Pues es preciso que lo dejes. Cuando hayas gustado los placeres de un pueblo grande no querrás volver á este.

—¿Y cómo os dejas sola, abandonada, mi querida tia?

—Si llegas á hacer suerte, no me llevarás á tu lado?

—Hacer suerte! ¿Yo?

—Sí, tú: ¿no has oido mil veces que una

figura como la tuya era muy fácil de hacer fortuna? ¿Por qué hacerte la tonta y no querer comprender? ¿Y crees que te he educado con tanto cuidado no permitiéndote hacer nada que pueda ajar tu cutis, para quedar aquí sepultada y deshacer todas mis esperanzas? Sé prudente: y bella como eres, yo te prometo que antes de un año serás una persona envidiada en casa de la señora M.... Prepara tus cosas, tus ropa, todo, mañana me acompañarás y marcharemos juntas á Granada. A no ser que prefieras vivir á la buena ventura, porque te aseguro que de otro modo te dejaré abandonada.

Clara no era de estos seres que resisten cara á cara á una orden absoluta. A un mandato tan terminante no contestó de otro modo sino poniéndose á arreglar sus cosas como se le habia mandado; pero por la tarde cuando la tia tenia costumbre de ir en casa de las vecinas, encuentra el medio de escaparse y correr al sitio donde ella y José solian verse: estaba allí.

Clara le anuncia la orden que acababa de recibir, y la obligacion que se le habia impuesto de dejar el pueblo al dia siguiente. Mas en el acento de su voz tan tierno y tan turbado, en la mirada llena de amor que le dirige, se vé que su resolucion no estaba formada todavia, y que somete su destino al de su amante. Que él pronuncie una palabra y ella encontrará en esta palabra bastante fuerza para resistir á su tia; ó que él le proponga la huida y ella le seguirá hasta el fin del mundo.

El la mira; contempla un instante la expresion de amor y obediencia que se dicta sobre su frente adorada y que le dice que se entrega á él; y goza un momento de su poder, pero este momento es corto, á la alegría orgullosa de que su corazon se habia inflamado, sucede bien pronto la pena mas amarga y la resolucion del mas cruel suplicio. ¡Tan jóvenes los dos, ella diez y siete años, él veinte.... ¡sin estado, sin apoyo!... No, una union entre ellos es ahora imposible: es preciso esperar, es necesario resignarse.

Vé, le dice José, obedece: de la manera que tu tia te ha educado, el estado que te propone es el que mejor te conviene: ni estás acostumbrada á los trabajos del campo, ni podras acostumbrarte á ellos; deja el pueblo, nosotros no nos separaremos por eso: yo buscaré el medio de reunirnos, y al mismo tiempo trabajaré para adquirirme una existencia independiente que partiré contigo. Adios, tengamos los dos valor y prudencia; el cielo nos recompensará; adios, volvió á decir José separandose brúscamente de ella sin abrazarla, sin tomarla siquiera una mano, marchando á pasos precipitados y sin volver la cabeza una sola vez para mirar á su adorada Clara.

Ella quedó inmóvil como una estatua, los ojos clavados en José todo el tiempo que pudo distinguirle; y las lagrimas corrieron silenciosamente sobre sus mejillas de rosa. Pero despues vuelve á su imaginacion la tia con todos sus mandatos; y torna á su casa con la mayor prisa antes que su tia.

Por la mañana la desgraciada Clara salió de la Zúbia volviendo la cara hácia el lugar que la habia visto nacer, hácia el sitio donde solia hablar á José, inundada en lagrimas, en recuerdos y en amor; y obligada á dejar todas estas cosas tan queridas para su corazon, marchó á Granada donde fué recibida de doncella en casa de la señora M.....

Un mes despues nuestros personajes se encontraban así colocados. Clara era perseguida, sin cesar, por el señor M..... José en calidad de lacayo hacia las delicias de la señora. La tia Ana murió de apoplejía.

## POESIA.

### Letrilla satírica.

*No es oro todo  
lo que reluce.*

Aunque el imbécil  
de don Guillen,  
envanecido  
con su saber,  
el necesario  
presume ser;  
es un zoquete  
bañado en hiel,  
que de los tiempos  
burló el vaiven,

necio intrigante,  
patriota infiel:  
y aunque de honrado  
fama introduce,  
*no es oro todo  
lo que reluce.*

¿Veis á la pulcra  
doña Mencía  
con ácre gesto  
como un golilla  
mostrar al vulgo  
su faz divina,  
tersa, lustrosa,  
bien colorida?  
pues diz que tiene  
piel de gallina,  
y una apostema  
junto á la liga;  
y que si el labio  
marfil traslucé,  
*no es oro todo  
lo que reluce.*

Si el erudito  
don Timoteo  
trepa á la cima  
del Pindo escelso,  
y en la tertulia,  
ó en el Liceo,  
recita ufano  
sonoros versos,  
aparentando  
su vasto ingenio,  
que ni el Bengifo  
jamás ha abierto,  
y que su númen  
aun mas produce,  
*no es oro todo  
lo que reluce.*

Que el ponderado  
batallador  
haga en las plazas  
el fanfarron,  
y ostente en muestra  
de su valor  
dos charreteras  
de canelon,  
con mil patrañas  
de que mató  
doscientos hombres  
de un bofetón,  
y á que le crean  
al pueblo induce,  
*no es oro todo  
lo que reluce.*

Que el doctor haga  
de su eficacia  
disertaciones  
inmesuradas:  
el artesano  
de su palabra  
una escritura  
autorizada;  
y el vanidoso  
su renta magna  
sume en dineros  
tierras y casas,  
es lo que el mundo  
necio produce,  
pero no de oro  
cuanto reluce.

*El Fisgon.*

### A LESBIA.

Escucha, Lesbía, de tu tierno amante  
el dolorido acento,  
y á su crudo tormento  
dale alivio y consuelo algun instante;  
que no mucho sería  
que pues su seno heriste  
á las heridas que tú misma hiciste,  
piadosa te acercaras,  
y algun bálsamo en ellas derramaras.  
Oye la voz sincera  
del amador mas fiel que habrás tenido,  
y á quien muy mal, ¡oh! Lesbía has conocido  
pues dudas de su amor en tal manera,  
y á tu de-dén la injuria has añadido.  
No creas, no, que ciego, arrebatado  
y cediendo al impulso del momento,  
un falaz fingimiento  
mi lengua y aun mi pluma haya guiado;  
no, Lesbía, te lo juro;  
mi amor es tan sincero como puro.

Tus ojos bellos, dó las gracias moran,  
tu cuello torneado, alabastrino,  
tus miradas ardientes que enamoran,  
y el perfume de tu hábito divino;  
y la dulce sonrisa  
que en tus hermosos lábios se divisa,  
¿qué pecho no abrasaran  
y qué calma profunda no turbáran?  
Ojal escuchar unidos  
del piano los sonidos  
y de tu voz la dulce melodía,  
¿quién á su encanto resistir podría?  
ni ¿quién á tu virtud, á tu inocencia,  
á tu alma noble y grande por esencia,  
tributo no rindiera,  
si tanto como yo te conociera?  
¿Y piensas, dí, que soy tan insensible,  
ó que tanto los años han podido  
que aquel fuego sagrado han estinguido  
que el corazón inflama,  
y ya no me es posible  
sentir de amor la abrasadora llama?  
No, Lesbía, no lo creas ni pudieras  
tal absurdo pensar aunque quisieras  
Mas un pretexto vano necesitas

para negar tu amor á quien te adora,  
y cuando seductora  
á adorarte cual dios le precipitas,  
finges en tu desvío  
que su pasión es solo un desvarío;  
ó la injuria aumentando  
supones que te engaña  
por contentar de un vil rencor la saña.

Pero ¿cómo una idea tan mezquina  
cupó en tu alma divina?  
Si el hechizo que en todo te rodea  
abrasa los mas frios corazones,  
y una ilusión celeste en ellos crea,  
¿por qué en mí no supones  
que una triste verdad el amor sea?  
Verdad es triste, sí, porque te adoro  
sin ser correspondido,  
y en fatal soledad mis males lloro;  
pues si de tí, mi bien, fuese querido,  
Verdad dichosa mi cariño fuera,  
y yo dichoso aunque de amor muriera.

Pero no á tanto aspiro,  
no, Lesbía, tú lo sabes; bien contemplo  
que aunque el fuego de amor por tí respiro,  
y mi pecho es un templo  
de que tú eres la diosa,  
no debo la esperanza venturosa  
formar de verme amado  
y mi eterno cariño compensado.

Mas ya que tanta dicha  
no me es dado gozar, ¡oh, Lesbía mial  
dame á lo menos el consuelo triste  
de creer que en tí pienso noche y día;  
que mi mente abrasada  
por tí trocára todo cuanto existe;  
y que sea feliz ó desgraciada  
mi venidera suerte,  
no dejaré de amarte hasta la muerte.

T. C.

### HERRIES,

#### EL DE LA MANOPLA VERDE.

Hace ya muchos años que existía hácia el  
norte de la Escocia una pequeña aldelue-  
la cuyo nombre no trae la historia de  
donde he sacado este manuscrito. Cerca  
de esa aldea habia un bosque, en el cual  
diz que habitaba un demonio llamado  
«Llan-Dearg ó Mano Roja,» el cual tenia  
la forma de un guerrero é iba armado de  
pies á cabeza. Era un gigante que des-  
afiaba al que por casualidad encontraba, y  
¡ay del desdichado! pues que veía una  
«mano roja» empuñando una espada forja-  
da en las hornazas del infierno, la cual  
caía sobre su cabeza y la dividía en dos  
trozos. Este demonio habia formado su  
habitacion en una cueva situada en las en-  
trañas del monte, y nadie absolutamente  
se atrevía á pasar por este bosque, por te-  
mor de tener que sostener un choque ter-  
rible con el demonio, del cual podia estar

bien seguro de no volver. Era por esta misma época señor de la aldea, un hombre que si cabe, era tan original y temido como Llam-Dearg, el demonio del bosque. Tenía un grandioso y antiguo castillo situado allí cerca sobre una prominencia, y llamábase Herries, á cuyo nombre añadían los aldeanos el de «Manopla Verde», con motivo de una monopa de ese color que llevaba continuamente en la mano derecha. Era un hombre cuyo aspecto era de aquellos que se nos aparecen alguna vez entre sueños mientras delira nuestra fantasía. Su estatura era gigantesca, colosal; iba siempre cubierto de hierro de pies á cabeza, su fisonomía era desagradable, pues se veía en ella pintada el sello de un carácter terco y violento; al mismo tiempo que sus ojos tenían una mirada tan original, que en los momentos de cólera hacía temblar al hombre mas valiente que se pusiese á su presencia, agregándose á eso que acostumbraba llevar una manopla verde con la cual magullaba los huesos del infeliz que se atrevía á desoir sus mandatos. Cargaba de impuestos á los habitantes de su aldea, y él mismo en persona iba á cobrar el tributo el día que vencía el plazo: pero desgraciado del que en ese día no tuviese la cantidad que se le había prefijado; ponía su mano cubierta de la terrible manopla sobre el hombro del infeliz villano, y magullaba enteramente sus huesos haciéndolos crujir horriblemente, mientras que el pobre hombre daba unos ahullidos capaces de enternecer el corazón del mismo «Mano Roja.» Era tanto el terror que infundía el Laird (1) Herries en su pequeño estado, que hasta las madres para espantar á sus hijos decíanles:—¡Cuidado! pues de lo contrario os llevaré delante de «aMnopa Verde.»

Un caso que le sucedió con un pobre pescador hará comprender mejor de que modo trataba el Laird á sus vasallos. Había impuesto éste la multa de 10 Plaks (2) á un tal Wifrido por haber cometido una pequeña falta. El pobre hombre cuya única riqueza era la pesca de salmon, hubiera necesitado muchos días para reunir diez plaks; mesábase los cabellos, revolcábase por tierra y estaba poseído de la mas grande desesperación al pensar la cara que pondría Herries, cuando fuese á su cabaña á buscar el dinero sin encontrarlo corriente. Por fin vino el día, vino con él el Laird, entró en la cabaña de Wifrido, se sentó sin ceremonia junto al hogar, y

el pobre pescador temblando observó que iba armado de su fatal «manopla verde.»

—Buenos días Wifrido, dijo el Laird,

—Dios guarde á su señoría.

—¿Qué tal?... tienes ya corrientes los 10 plaks?

—Es que... yo diré... como su señoría... me dijo... que su señoría ... no era necesario... porque su señoría...

—Vamos acabemos: ¿tienes corrientes los diez plaks?... resueltamente; sí ó no... y no te me andes en chismes, porque de lo contrario...

—Pues bien... no.

—¡Cómo, maldito hijo de los diablos, infame whovenson! (3) yo te haré apreciar mas justamente los mandatos que te imponga tu señor.

Y adelantándose hacia Wifrido, que temblaba horriblemente; puso su fatal mano derecha sobre su hombro, y apretándolo con tal fuerza que le hizo dar un grito horroroso, le dijo:

—Ven acá viejo hipócrita, si dentro de tres días no me has pagado corriente y en buen dinero los diez plaks, voto va... que te aseguro te enseñaré la fuerza de mi manopla, la cual solo has probado ahora levemente.

Entonces no le quedó otro arbitrio al pobre Wifrido que vender su miserable cabaña con todos los aparejos, y reuniendo los diez plaks fue á presentarlos al Laird, el cual le dijo:

—Eres un hombre honrado, Wifrido; cumples exactamente lo que prometes, y si sigues de ese modo, por el alma del demonio que no será necesario el que pruebes mi «manopla verde.»

Con el dinero que de ese modo arrancaba á sus pobres vasallos, el laird Herries daba en su castillo magníficos festines donde convidando á otros varios amigos se comía con placer y se bebía en abundancia. El estragado apetito de Herries y de sus amigos no conocía límites, así es que el mucho consumo de los licores daba á veces lugar á escenas bien desagradables, en que lo menos que sucedía era tirarse unos á otros algunas botellas de cerveza á la cabeza, saliendo de vez en cuando alguno descalabrado.

Una noche se había servido una espléndida cena en el castillo del laird Herries: los vinos, licores y cerveza corrían de mano en mano, y se agotaban las botellas con no vista prontitud. A los postres estaban ya tan calentadas las cabezas, que muchos apenas tenían fuerza para soste-

(1) «Laird.» Hidalgo escocés

(2) «Plack.» Moneda de cerca del valor de dos dineros.

(3) «Whovenson.» Hijo de prostituta.

ner el vaso y bamboleábanse en la silla, estando no muy seguros. Propuso uno decir algunos brindis, y esta proposición fue aceptada con entusiasmo. Levantóse el primero de su asiento Herries, y llenando la copa, exclamó:

—A la salud del «Llam-Dearg» el demonio del bosque.

Nadie se atrevió á responder á este brindis, y todos quedaron silenciosos con el vaso puesto encima de la mesa.

—¿Cómo, señores, añadió el Laird, os intimida el solo nombre de ese demonio? Pues bien, oid mi juramento: Mañana á las diez reuníos todos aquí, en este mismo lugar, y yo os juro por la parte que después de muerto me toca en el infierno, que os traeré la cabeza de ese demonio y su mano-roja. No me intimida á mí «Llam-Dearg» ni su colosal fuerza. Si él tiene una mano-roja, «yo tengo una manopla verde.» Veremos cuál de los dos....

Fue aplaudido extraordinariamente este rasgo de valentía de Laird, y sus amigos, medio beodos, se retiraron á sus casas los que pudieron, y los que no tendiéronse sobre las sillas para pasar la noche.

Al siguiente día marchó muy de mañana el Laird, y llegaba á tanto el odio que todas las gentes le profesaban, que muchos de sus criados oraron é hicieron votos para que jamás volviese al castillo manopla verde.—Eran las nueve de la noche y los amigos de Herries, los mismos que el día anterior estaban en el gran salón del castillo sentados al redor de la mesa y esperando impacientes su llegada. Eran cerca las diez y Herries no venia aun. Un sudor frío se esparció por todo su cuerpo cuando oyeron dar las diez en el reloj del castillo. En el momento en que sonaba la última campanada, abriéronse de par en par las puertas del salón, y un hombre de gigantesca estatura, cubierto el rostro y embozado hasta los pies con una capa de color pardo oscuro, adelantose y se sentó á la cabecera de la mesa en un sillón vacío que debía servir para Herries. Los circunstantes temblaban como azogados y miraban aquella figura al parecer humana.

Por fin rompió el silencio.

—Señores: el laird Herries ha cumplido su juramento. Ha ido á buscar al demonio en los centros de las montañas que le servían de abrigo: ha perecido al primer choque contra el coloso, y yo vengo á cumplir en parte su juramento. Había jurado llevaros la cabeza de Llam-Dearg, yo traigo la suya; había jurado llevaros la mano-roja del demonio, yo traigo la manopla verde del laird.

Y arrojando estos dos despojos sangrientos sobre la mesa, desapareció de la sala.—

Desde ese aciago día se abandonó aquel castillo, pues diz que todas las noches al dar las diez se ve vagar por sus salones el cuerpo de Herries buscando su cabeza y su manopla verde.

V. Balaguer.

## Alfredo de Homar.

—Alerta.

—Alerta...

Este era el grito que se pronunciaba rápidamente por los soldados situados en el castillo de Urriés.

En tanto que un caballero cubierto de todas armas y rodeado de gran número de guerreros estaba al pie de sus murallas como aguardando el momento de precipitarse sobre él. Era Alfredo de Homar.

Había este caballero amado desde su niñez á Constanza, hija única de un amigo de su padre, y esta por su parte también contribuía á su amor. Ya se consideraba dichoso Alfredo, cuando un acontecimiento triste para él vino á arrebatarse su felicidad. El padre de Constanza cerrando los oídos á la razón y oyendo solo el parecer del interés, acababa de unir en solemne matrimonio á su hija con el de Urriés, señor de cien pueblos, y poseedor por lo tanto de inmensas riquezas.

No pudo Alfredo de Homar ver sin horror á su amada Constanza en los brazos de su rival, y retó á este para un duelo á muerte. Había tenido ya lugar, y había también tenido Alfredo la humillación de haber de rendir sus armas á los pies del de Urriés, pues este le había despreciado perdonándole la vida.

Y el motivo que conducía al de Homar al castillo de su contrario, no era otro que robar á Constanza y vengarse traídoramente de su rival.

—Caballeros, dice Alfredo dirigiéndose á los suyos, ya sabéis los ultrajes que tengo recibidos de este traidor, de este Urriés que se ha refugiado en su castillo para huir de los seguros golpes de nuestras espadas; sin embargo, no podrá hoy resistir al que le preparamos. Guerreros, añadió, ¿estáis prontos á obedecer mis órdenes?

—Sí, respondieron unánimes sus soldados.

—Quedo satisfecho; y juro aquí delante de Dios y de vosotros, que ó dejaré mi cuerpo entre estas ruinas, ó lograré de nuevo el amor de Constanza y la muerte de mi rival.

—Caballero de Homar, ya es inútil tu juramento.

Volviendo á estas palabras Alfredo la cabeza vió á su lado á la bella Constanza, «Constanza, exclamó el caballero echándose á sus brazos, ¿por dónde has llegado hasta mí?

—Por esta poterna de la que yo sola poseo una llave, respondió la esposa del de Urriés, señalando una pequeña puerta contigua á uno de los fosos.

—¡Ah! Dios le envía para colmar mi felicidad: estás ya en mi poder y solo resta que precipitándome por esta poterna vaya á tomar venganza de tu esposo.

—No lo consentiré.

—¿Es posible? No sabes que entre él y yo existen motivos que solo la muerte puede hacer olvidar?

—No lo consentiré, repite Constanza; es mi esposo, y Dios nos ha bendecido desde su inmenso trono. ¿No hago ya bastante sacrificio en seguirte, en abandonarle y en ser perjura?

—No, Urriés, ha estampado en mi escudo una mancha, que es preciso para borrarla que uno de sus humeantes y mutilados miembros se frote por ella. Dame la llave.

—No la alcanzarás.

—Te la arrebataré. Soldados, dijo Alfredo haciendo una seña: y ya se preparaban los suyos á rodear á Constanza, mas ésta acercándose á un pozo que se distinguía á pocos pasos, estendió la mano en que tenía la llave, y exclamó con firmeza.

—Antes que dártela, echarela en el seno de las aguas de este pozo.

—Detente, le dice Alfredo.

—Ya es tarde. Y en efecto había dejado caer la llave.

—Insensata, díjole el de Homar con sonrisa, ¿tan poco instruida estás de lo que contiene su territorio, que olvidas que esto en que has echado la llave no es un pozo, y que solo es una caverna?

—Desgraciada!

—Sí, desgraciada, porque voy á arrebatarle la vida de aquel que tanto amas. Soldados, añadió, llevad una cuerda.

—No hay ninguna, señor, respondió uno de sus pages.

—Quitad pues las de mis tiendas, y unidlas todas una por una hasta que forme bastante dimension para llegar á lo interior de esta profundidad.

Al momento solo cuidaron los soldados de ejecutar el mandato de su jefe.

«Es decir que no hay medio de detenerte, razonó Constanza; no quedas satisfecho con poseerme del todo, que aun deseas la sangre del que es mi legítimo esposo. No pienso detenerte: ve, clava en el pecho de aquel á quien debes la vida, tu homicida puñal: mas cuando dirijas humeantes aun tus labios con la san-

gre inocente hácia mí para hacerme una caricia. Aparta, te diré, te aborrezco.

Esta amenaza no hizo ninguna impresion en el semblante de Homar, amaba frenéticamente á Constanza, mas en este momento la pasion del odio superaba al del amor.

«No; respondió Alfredo con sonrisa, tu te calmarás, volverás á hallar en mis brazos las delicias que no puedes gozar con el de Urriés.

—Jamás.

En tanto acercándose un page con una larga cuerda dijo: «Señor, aquí está lo que habeis mandado.

—Bien, bajemos, y ayudado entonces por sus guerreros que sostenian fuertemente uno de los cabos de la cuerda, pudo bajar sin dificultad, y á pocos momentos una seña concertada indicó que habia encontrado lo que bajó á buscar. Subieronle, y muy pronto salió Alfredo á la llanura.

—Guerreros, dice con la llave en una mano, y arrancando con la otra un pendon dear las manos de un soldado; voy en este momento á recobrar mi honra y á apoderarme de este castillo. Cuando veais ondear mi pendon en sus murallas, principiad el asalto, y yo os respondo de su resultado.

Precipitose dichas estas palabras por la poterna, pero Constanza que hasta este momento habia estado pensativa pudo tomarle por un brazo en el momento de entrar.

«Cuenta que con su muerte, le dijo, alcanzas mi desprecio.

—Aparta, dijo el de Homar, y desprendiéndose de sus brazos se entró. Iba á seguirle Constanza, mas la sólida poterna se movió contra sus goznes y cerróse atropelladamente.

Alfredo al verse dentro empezó á andar por una larga y ricamente adornada galeria con piso seguro (lo que indicaba que no le era desconocida.) al fin de la cual se hallaba la estancia del de Urriés. Entró en ella y contempla por un momento con el puñal en la mano á su rival que estaba dormido con mucha tranquilidad. Mas no duró largo tiempo esta especie de éxtasis en que estaba sumido, pues arrojándose sobre su víctima le clavó su puñal en el pecho haciéndole pasar sin un solo gemido de esta vida pasagera á la que no tiene fin.

Entonces una voz conocida resonó en los oídos del asesino: «Te aborrezco» exclamó la voz, y volviéndose Alfredo, solo vió en derredor de sí un lecho, y en el lecho un cadáver. Desde aquel dia no vió mas á Constanza.

Al cabo de poco tiempo y cuando ya estaba en posesion del castillo de Urriés, supo Alfredo de Homar que su adorada se habia retirado á un convento. Intentó arrebatlarla de allí, mas nada pudo su vengativo valor contra las sagradas armas de la religion.

*Alejandro Fillol.*

## A ELLA.

Perdon, celeste virgen.  
Si á tus honestos labios  
Arrebaté de amor costoso un sí,  
Si á tu inocente pecho,  
Si á tus sueños tranquilos  
Turbé la calma plácida, perdon.

*Cabañes.*

### I.

Perdon, hermosa mia, perdon: tú vi-  
vias tranquila sin conocerme; libre tu co-  
razon veia un horizonte magnífico, lleno  
de bellas esperanzas y de ilusiones de vi-  
da: tu existencia se exhalaba entre perfu-  
mes, y se deslizaba en esta sociedad de cor-  
rupcion envuelta en una nube de pureza;  
ninguna idea siniestra venia á turbar la  
tranquilidad á tu alma; todo reposaba en  
ella con candor é inocencia.

Tú te sentias llena de vida con un co-  
razon ardiente y una alma sensible: vir-  
gen, tu fantasía era rica en esperanzas y  
en la embriaguez de su delirio, veia reali-  
zársele un sueño de oro, una imagen hu-  
mana se fundia en todos tus pensamientos  
y esta imagen te hacia sentir una necesi-  
dad que te era preciso satisfacer para la  
realizacion de tus ilusiones.

Querias amar y ser amada, enagenar  
tu alma en aquel deleite celestial que pro-  
duce una palabra de amor, sentir estre-  
mecerse tu corazon de placer y hallar  
una alma que comprendiese la tuya y re-  
cibiese las emociones de tu corazon, que  
mirase con delirio los arrebatos de tu pa-  
sion é identificase su existencia con tu  
existencia, que estuviese llena de tí; siem-  
pre de tí!

### II.

Un hombre, virgen mia, respondió á las  
necesidades de tu corazon. También él te-  
nia necesidades que satisfacer!.....

Su mirar era ardiente, sus palabras eran  
de fuego y el infeliz logró abrasar tu  
alma con la misma llama que consumia la  
suya. Tú le adoraste con delirio, le entre-

gaste tu corazon con confianza y ligaste  
tu suerte á su suerte con un placer en-  
vidiable. Estar junto á él, respirar el ai-  
re que él respira, gozarse en las conecio-  
nes del corazon producidas por la intensi-  
dad de sus sentimientos envuelta el alma en  
la elevacion de sus pensamientos y pagar-  
le tanto amor con un beso de dulzura, era  
toda tu felicidad.

En aquellas horas de amor tú sentias  
derramarse por todo tu ser un bálsamo  
de deleite, tu corazon se abria á una vida  
de ilusiones como una tierna rosa á los  
primeros rayos del sol, y un espíritu de  
felicidad corria por todas tus venas: todas  
las facultades de tu alma se concentraban  
en tu frente y hacian visible al objeto de  
tu amor las sensaciones de vida que agita-  
ban tu corazon: bella como una noche de  
luna tus ojos radiaban de placer, y un  
ambiente embalsamado formaba una au-  
réola de deleite al rededor de tu cuerpo;  
tu imaginacion exaltada participaba de la  
pureza de tu alma y embellecía con la bri-  
llantez de sus fantásticos colores la socie-  
dad que nos rodeaba. Toda tu existen-  
cia era amor; amor grande, inmenso, puro  
y correspondido tambien con delirio, con  
frenesí; pero con tu amor hiciste de dos  
existencias una existencia, de dos almas  
a una alma; ligaste tu suerte á mi suerte, y  
mi destino es de fatalidad, es un desti-  
no de desesperacion sellado con la maldi-  
cion de Dios. Oh! Carolina, ¿por qué me  
amaste con tanto ardor?

### III.

Yo he tronchado una flor en el primer  
arranque de su vida, cuando llena de  
fuerza y hermosura se presentaba á fas-  
cinar la vista con la belleza de sus colori-  
das hojas, y á embalsamar la existencia  
del hombre con el aroma de su olor.

Yo he destruido á la vez todas las ilu-  
siones de una muger jóven que creia en  
la felicidad; de una muger á quien yo  
amo, á quien yo adoro con una pasion  
volcánica que abrasa todo mi cuerpo, y  
que no obstante esta pasion, me ha sido ne-  
cesario sacrificar.

Yo veo ese corazon que antes, antes  
lleno de sueños é ilusiones, hecho ahora  
un monton de ruinas sin que le agiten  
otros sentimientos que la desesperacion,  
sin que viva de otra vida que de lágrima-  
mas.

Yo siento todos estos males en lo mas  
íntimo de mi alma; corro en mi existen-  
cia, y á pesar de las penas con que me  
martirizan, revuelvo los ojos en mi alre-  
dedor y lanzo una mirada estúpida sobre  
todas las desgracias que me rodean.

Una fuerza extraña detiene mi voluntad, domina mi pensamiento y me empuja con violencia en un abismo sin fondo. Esta fuerza que me domina es la de mi destino, de ese destino infernal que destruye todas mis esperanzas y del cual tú también participas por haberme amado demasiado.

## IV.

Pero yo no puedo seguir amándote por mas tiempo, porque yo no puedo hacer tu felicidad, y si continuase sonriéndome á tu amor, seria un vil que te engañaría; no, Carolina, yo no quiero engañarte. Engañarte á tí! á tí que eres tan pura, tan ingenua: á tí, que en tus palabras siempre brilla la verdad de tus sentimientos, no, yo no podría engañarte: demasiado he hecho ya! Yo he arrojado en tu corazón un germen de desconfianza, porque tu entrabas en la sociedad con el alma llena de creencias en el amor y en los hombres; te encontraste conmigo, me amaste con pasión, y cuando tu corazón empezaba á gozarse en la dulzura de sus emociones, cuando sentia en su interior un principio de fuego que le animaba con nueva vida y embellecía su porvenir colorándolo de ilusiones; entonces mi destino se deslizó entre nosotros y nos separó bruscamente; apagó ese principio de fuego que animaba tu existencia y te dejó en la sociedad, sola, aislada, sin ningún lazo de amor que dulcificase las penas, con la tristeza en el corazón y una desconfianza cruel que envenena tus recuerdos y te pinta con colores sombríos tu desgraciado porvenir. Y yo soy quien ha destrozado tu corazón de un modo tan horrible!... Pero aunque esto sea un crimen me disculpa mi delirio, mi amor, el fuego ardiente que devora mi corazón porque en los arrebatos de mi frenesí todas las ilusiones eran realidades, mi alma se asía á ellas con fuerza, porque temía perderte y veía en tu pérdida la destrucción de su felicidad.

Ahora se han desvanecido ya mis sueños de oro, he visto desaparecer todas mis esperanzas una á una, y me hallo en este mundo como un ciego que abandonándose al viento de la fortuna, camina al acaso sin saber á donde va: continuar exigiendo correspondencia de tu amor seria mas que un crimen; seria una infamia.

Veo la realidad en toda su desnudez: me espanta con sus presentimientos, y ninguna ilusión viene á interponerse entre su horror y mi miedo para disminuir el terror que me causa. Es muy desgraciada mi situación!...

Nacido en una familia pobre y con un carácter lleno de orgullo y nobleza, me elevé sobre mi clase emprendiendo una carrera brillante, que me pone al nivel de la mas alta sociedad: para sostener esta carrera hice inmensos gastos que arruinaron mi pobre familia, y cuando lleno de amor y delirio venia á ofrecerte un corazón ardiente; cuando mi alma se abría á una vida de ilusiones y se estasiaba en la contemplación de un porvenir de oro, rico en bellezas fantásticas, en cuadros poéticos y en sueños celestiales, volví la vista en mi alrededor y solo ví ruinas que me son preciso reedificar; ví mi pobre familia arrojada sobre este mundo como una planta de dolor, que con la angustia clavada en su frente, vive en esta sociedad de maldición sin contar con mas recursos que con los míos, sin tener otra esperanza que la bondad de mi corazón, y todo esto con mucha justicia, porque ella se ha sacrificado por mí, y es preciso que yo me sacrifique por ella.

Yo debo crear una existencia nueva, dejar la vida que he llevado hasta aquí, y hundirme en esta sociedad venal que me rodea y yo desprecio. Necesito vivir en su seno y amoldarme á sus costumbres; porque para cumplir las obligaciones que pesan sobre mi honor, es preciso tener en la sociedad, algo mas que un corazón bueno: es preciso renunciar á las emociones de este corazón, desprenderse de él y tener oro, y el oro no se adquiere sino por medios infames, no se adquiere sino hundiéndose en un abismo de crímenes; pero le necesito y le tendré; culpa será de la sociedad, no mia.

(Se continuará.)

## LEYES

DE LOS

## REINOS DE LAS INDIAS.

QUINTA EDICION,

*notablemente aumentada y declarada oficial por la regencia provisional en real orden de 16 de diciembre de 1840.*

Esta obra interesantísima constará de cuatro tomos en folio. Para su fácil adquisición se divide en ocho cuadernos, que se entregarán con su cubierta de color, á 25 rs. cada uno.

Los que gusten suscribirse podrán pasar á la librería de su editor BOIX, calle de Corretas, á dejar las señas de sus habitaciones, sin que tengan necesidad de anticipar importe alguno al verificarlo, porque á su debido tiempo ya se les enviará el recibo á sus casas.

EDITOR: DON IGNACIO BOIX.